



El aspirante a discípulo (1)

¿Qué significa ser cristiano?

por Marco Antonio Manjón Martínez

Cuando era pequeño, aprendí en aquel catecismo católico de por entonces, con el que nos enseñaban las cosas de la religión en la escuela de mi pueblo, Ayoluengo de la Lora, dos únicas cuestiones que se me han quedado de todo lo que aquel viejo librito contenía, escrito con aquel estilo tan característico y paternalista:

Pregunta: —¿Qué es ser cristiano?

Respuesta: —Ser cristiano es ser discípulo de Cristo.

P: —Y, ¿qué es ser discípulo de Cristo?

R: —Ser discípulo de Cristo es andar como él anduvo.

No sé por qué, dentro de la impersonalidad con la que aprendíamos aquellas cosas que se daban por hechas e incuestionables en la sociedad de mi niñez, estas preguntas y respuestas fueron un paréntesis que me llamó la atención y se grabó profundamente en mi joven intelecto, palabras que me definían lo que realmente significaba ser cristiano.

Me sorprendió que ya en mi etapa infantil, para mí, esas definiciones marcaban una diferencia que se contradecía, de forma clara, con lo que se entendía socialmente. La monotonía

de la tradición religiosa en la que vivíamos nos enseñaba que los rituales sistemáticos y repetitivos eran la base de la vivencia religiosa cristiana. Eran el condicionante indispensable para alcanzar la salvación. Estas realidades religiosas, tan llenas de contradicciones frente esas dos preguntas del antiguo catecismo, se justificaban con la tabla salvavidas de la confesión y la penitencia, que hacía borrón y cuenta nueva en el mundo católico o con el «salvos por la gracia» del mundo protestante.

Quede claro que no me considero quién, ni pretendo enjuiciar ni cuestionar —Dios me libre— ninguna de estas dos creencias, ni a aquellos que las viven con fe y dignidad personal.

Insatisfacción al comparar

Pero, sí me creo con el derecho propio de poder permitirme expresar la insatisfacción que tal vivencia religiosa, entendida en esos términos, me dejaba ya desde que era muy jovencito. Insatisfacción que fue en aumento cuando crecí y me hice mayor, sobre lo que significaban para mí las palabras «ser cristiano», al comparar las vivencias religiosas que conocía frente a las definiciones que aprendí en el catecismo.

Estas palabras se quedaron grabadas en mi memoria y me han servido siempre como un acicate que me empujaba a un análisis más profundo, y no tan superficial, de lo que se ocultaba detrás de lo que entendemos socialmente, en nuestro mundo occidental, por «ser cristiano». Y así, meditando año tras año desde mi tierna infancia allá por los doce años, reconocí en ellas el significado más importante que había aprendido en cuestiones religiosas. Esta experiencia me empujó a meditar sobre la persona de Jesús y de lo que se conocía —o al menos se aceptaba oficialmente— sobre su vida y todo lo que conllevaba en sí misma. Sus relaciones, sus valoraciones, sus respuestas, el trato que daba a las personas, las circunstancias que le rodeaban y todo lo demás.

Lo cierto, es que estos pensamientos y otros más profundos que asaltaban a un niño de doce años, aunque suene extraño, me llevaron a efectuar una comparativa personalizada en mi vida, entre lo que intentaba entender de la personalidad de Jesús y la realidad de la vivencia religiosa de la sociedad cristiana. Especialmente la de los frailes con los que mis padres, por circunstancias de supervivencia cultural, me habían insertado sin contem-



Ser discípulo de Cristo es andar como él anduvo.

También en este número:

La madurez cristiana (3)	3
La parábola del sembrador	5
Diccionario: «propiciatorio»	8



Todo el rechazo que me generaba la religión se tornaba, por otro lado, respeto y admiración ante la figura de Jesús.

mal. Éstos se apoyaban en tales ideas religiosas a costa de la figura de Jesús, muy a pesar de la verdad que el propio catecismo decía como introducción a la enseñanza del credo católico cristiano.

Pero por otro lado, algo me había seducido en esa búsqueda, en esa profundización infantil agujoneada por la originalidad de la personalidad, la forma de ser, de pensar y hacer de aquel hombre que, al parecer, había vivido y muerto ejecutado hacía tantos años.

Esto me llevó a reconocermelo ateo frente a la religión oficial y sus creencias, a rechazar toda forma de participación religiosa, salvo la que me obligaban las presiones de mi madre o el peso de la conciencia impuesta por la niñez y el estatus social. Pero, por otro lado, llegué a admirar la figura de Jesús, sus respuestas y planteamientos ante las realidades sociales de su entorno. Y admiraba especialmente su trato y valoración de las personas, fuese cual fuese su raza y condición social.

Respeto y admiración de Jesús

Todo el rechazo que me generaba la religión, especialmente personalizada en la experiencia que viví con aquellos frailes, se tornaba, por otro lado, respeto y admiración ante la figura de Jesús, creándose en mí una clara diferenciación, una clara dicotomía entre lo que Jesús representó y enseñó, y la realidad de la vivencia del mundo socio religioso que había conocido desde niño. En mi lógica juvenil de aquellos años, esto me parecía hipócrita. No me cabía en la cabeza cómo se podía aceptar con tanta tranquilidad todo aquello en nuestro entorno. A mi no me cuadraba. No lo aceptaba.

placiones —experiencia que me estaba atormentando.

Conclusión, que entre lo poco que yo podía conocer y entender sobre la vida de Jesús, de su personalidad y afirmaciones, si lo que me habían enseñado y había leído en los Evangelios era cierto, lo de «andar como él anduvo» era pura falacia y ficción en nuestro mundo cristiano occidental. O al menos, a mí así me lo parecía.

No dejaba de preguntarme: ¿Qué tenía que ver aquella vivencia religiosa con lo que se entendía, enseñaba y ponía en los Evangelios, de cómo había vivido Jesús?

Primera reacción: ateísmo

Ciertamente, aquello me llevó a no entenderlo de forma conjunta y a diferenciar, por una parte, el cristianismo; y por otra, la religión que la tradición sociocultural y familiar me había enseñado; y a identificarlo como algo diferente de lo relacionado realmente con aquella persona que se llamaba Jesús que vivió hace casi dos mil años.

Llegué a la conclusión personal de que todo formaba parte de una fábula. Era un cuento aceptado socialmente que daba sentido, personalidad y cohesión a una forma de sociedad que siempre beneficiaba a unos más que a otros y en especial, a los que mantenían la hegemonía sobre el bien y el

No me cabe duda que el rechazo y la confusión que el cristianismo y la figura de Jesús despiertan hoy en el entorno social más actual es fruto de esto. Lo mismo que aquel niño de doce años llegó a tener esta experiencia reflexiva que me apartó del mundo religioso, pienso que esto es corriente en el subconsciente de la mayoría de las personas del entorno social actual cristiano. Es lo que las empuja al rechazo sistemático de todo el paquete espiritual —es decir Jesús, con el concepto religioso. Sólo retornan a la vivencia de ese concepto religioso ante la amenaza de la muerte, al ser el único salvavidas o tabla de salvación a que aferrarse, por si acaso hay algo más. Y porque en el fondo, nadie quiere aceptar que va a desaparecer, sin más, de la existencia.

Pero concretando sobre el punto de vista que alimenta esta dicotomía entre Jesús y los cristianos: Algunas personas mucho más maduras que yo, han expresado esta misma reflexión, sin duda con mucha más autoridad, avalada por la trayectoria de sus vidas y de la calidad de su pensamiento. Gandhi, el gran libertador de la India, expresó sin tapujos que le convenía el cristianismo pero no los cristianos. Claramente, todos lo sabemos porque es un hecho histórico, la lectura del Evangelio de San Mateo marcó profundamente la vida de este hombre, aunque no se consideró nunca cristiano sino hindú.

Otro personaje importante, al menos para mí, que utilizó esta terminología en sus escritos y afirmaciones fue Ortega y Gasset. Él indicó que sólo el Dios cristiano —a pesar de los cristianos— había ayudado a la introspección del hombre para reencontrarse a sí mismo con su realidad. Éste había sido el principal punto de partida para el cambio que el hombre ha iniciado en cuanto a la valoración de sí mismo y de su prójimo, consecuen-

cia de todos los cambios sociopolíticos que generarían la implantación de las democracias modernas.

Volver a ser discípulos

Estas reflexiones demuestran que es imprescindible y vital realizar un análisis sincero y sin hipocresías de la realidad del cristianismo y su valoración social a día de hoy. Sólo así podrá recuperar el cristianismo sus valores y depurar los conceptos pseudo religiosos que lo deforman. Sólo así podrá ser de nuevo una fuente positiva de enriquecimiento social y espiritual. Pienso que este redescubrimiento, más que a escala sociocultural, ha de hacerse a la escala personal de muchos individuos que sientan la preocupación y la necesidad por este tema. Sólo desde ahí, desde el corazón y el pensamiento de seres humanos que de forma íntima reviven y reencontran los principios básicos del sentir de Jesús y lo valoran para sus vidas, puede sobrevenir un cambio significativo en las estructuras sociopolíticas y en las concepciones y principios de las instituciones eclesiales, que nos beneficie a todos los seres humanos.

Hoy creo, después de las experiencias que tuve posteriormente en relación con el mundo cristiano, que hace falta una vuelta personal de cada uno hacia la figura de Jesús. Así podremos reencontrar, de la forma más aproximada, su verdad. Así daremos sentido a lo que entendemos por cristianismo y a la realidad de la Iglesia como concepto que agrupa al conjunto de los que se entiende que han puesto en Jesús sus ojos. Según aquella vieja definición, la Iglesia es el conjunto de los que intentan vivir de acuerdo a como él anduvo o vivió. Los que podemos llamar alumnos o seguidores —o mejor: «discípulos» de Jesús, como los llamó él.

La madurez cristiana (3)

Madurar es transformarse

por José Luis Suárez

Cuando yo era niño, hablaba como un niño, pensaba como niño, razonaba como niño; pero cuando llegué a ser hombre, dejé las cosas de niño (1 Co 13,11).

Hablar de madurez es hablar de transformación. La transformación la descubrimos en un artículo anterior de El Mensajero: «El dragón y la princesa», al que volvemos ahora para entender la realidad de la transformación. ¿Cómo ocurre? ¿Qué es necesario para que se dé? ¿Cuáles son las dificultades para transformarnos?

Es importante considerar la palabra «transformación» para poder situarnos con el tema. El prefijo *trans-* significa «más allá o al otro lado». Poniendo este prefijo delante de la palabra *forma*, obtenemos «transforma». Si añadimos el sufijo *-ción*, que significa «acción», tenemos la palabra **transformación**. Esta palabra significa la acción de ir más allá de la forma de la persona. Esto es lo que se plantea en este artículo al asociar la transformación con la maduración cristiana.

Muy a menudo pensamos en los cambios como algo que viene de afuera y no que va de dentro hacia afuera. Nuestra cultura pone énfasis en valores externos a la persona: lo que se tiene, la apariencia física y todo aquello que ocurre fuera de nosotros. Pero la realidad es que aquello que nos permite transformarnos no nos viene del exterior o de la apariencia física sino del interior de la persona.

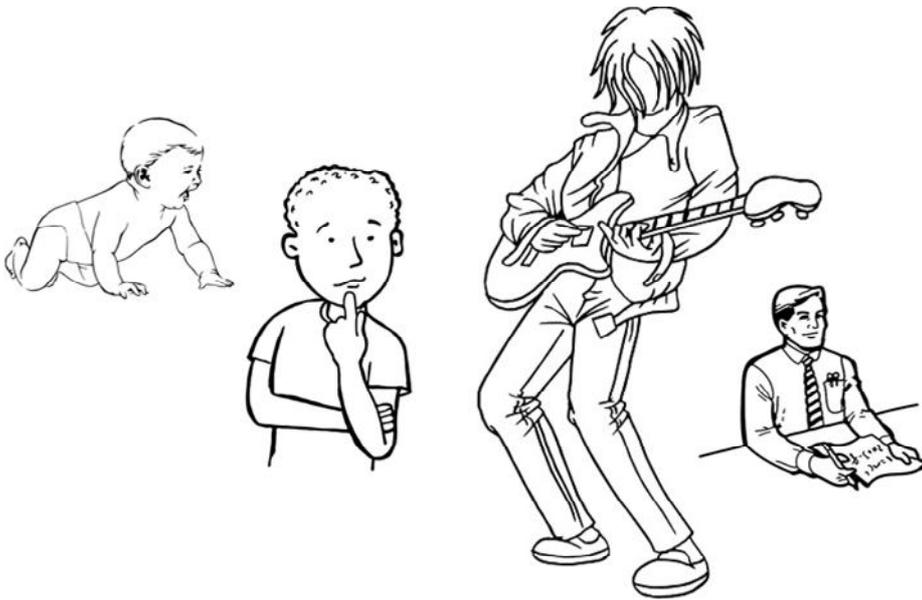
Esta afirmación ya la dijo hace dos mil años el apóstol Pablo escribiendo a la iglesia de Roma cuando afirmó: «No os adaptéis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente, para que verifiquéis cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, aceptable y perfecto» (Ro 12,2).

Para que la transformación aparezca, es necesario abrirse a la posibilidad del cambio, a no conformarse con lo que uno es, lo que uno vive, lo que se hace porque siempre ha sido así. Abrirse al cambio es la propuesta que el apóstol Pablo nos hace en la carta a los Romanos cuando afirma: «No os amoldéis a este mundo, sino transformaos». Esta transformación es una metamorfosis que exige no vivir según los valores del mundo en el que uno vive. «No os amoldéis a los esquemas y criterios de la sociedad» no significa separarnos del mundo, sino vivir de acuerdo a otros principios, otros esquemas de valores. La transformación es lo que nos permite discernir lo que Dios quiere para nuestras vidas, de manera que no sea el mundo exterior quien decida como debemos vivir, sino que sea la Palabra de Dios.

Cada persona debe por ella misma descubrir la realidad de la transformación interior y los efectos en la vida cotidiana.

La transformación nos permite ser nosotros mismos sin tener que depender de lo que los demás esperan de nosotros. Es esta transformación la que nos permite no identificarnos con





los logros, los currículums y las etiquetas que tanto nos gusta ponernos y que nos dan la forma, pero no transforman.

La transformación interior es la fuerza para lograr los grandes cambios éticos, ser menos rígidos y no tener tantas fronteras. Esto se da cuando se concede poca importancia a lo externo, cuando la persona ya no trata de controlar los acontecimientos, cuando no siente la necesidad de demostrar sus creencias, cuando supera la obsesión de convencer a los demás sobre su verdad y de culpar a los demás de lo que sucede en su vida. Es ésta una transformación interior que nos hace más generosos hacia los demás.

La transformación es una oportunidad —no una amenaza— porque todo lo que vive nos habla de transformación: el mundo vegetal, animal y el ser humano. Negarse a cambiar es negarse a vivir. Sin cambios el mundo sería horrible.

La transformación es un desarrollo que no se puede forzar ni violentar. No es instantánea ni aparece de forma mágica. Es una realidad que todo cambio que se da tanto en individuos como en pueblos de forma rápida, sin

**Negarse a cambiar es negarse a vivir.
Sin cambios el mundo sería horrible.**

esfuerzo ni complicaciones, es siempre sospechoso. Considero que los cambios instantáneos no existen, sólo se dan en nuestra imaginación. El camino de la maduración es un proceso que toma toda la vida, ya que son cambios y rupturas con las formas interiores de pensar y hacer que teníamos antes. A muchas personas estos cambios les atemorizan.

La transformación puede ser en muchos momentos dolorosa, porque puede representar rupturas sobre la forma que hemos vivido durante muchos años. Es por ello que muchas veces produce miedo. Porque es aventurarse en lo desconocido y no sólo eso, sino que provoca, la mayoría de las veces, crisis profundas como en el cuento del dragón con la mudanza de las capas de su piel. Cuanto más grande sea el cambio, más profunda puede ser la crisis. El niño al nacer llora; cuando empieza a andar se cae y sufre. El llorar y el sufrir es el precio que tiene que pagar por la transformación.

Todo proceso de transformación nos provoca temor porque representa una ruptura en la forma de pensar, un cambio de valores, criterios diferentes de acción, etc. Esta es una de las razones por las que muchas personas no están dispuestas a embarcarse en esta aventura.

Todo cambio es doloroso. Por ello nos da miedo. Pero es una realidad que el niño no aprende a andar sin antes caerse —y muchas veces. No se

puede aprender a tocar el piano sin antes tocar unas cuantas teclas equivocadas. Nos resistimos a los cambios porque buscamos estabilidad y seguridad, aunque el precio que pagamos es no vivir en plenitud. Cambiar es salir de las zonas de seguridad. Es pasarlo mal.

Algunas propuestas de ayuda para la transformación personal

Observo las prioridades que tengo en la vida, cómo reacciono ante todo lo nuevo que acontece, para pasar de la observación al comportamiento. ¿Que lugar ocupa la transformación en todo esto?

Observo la vida y el comportamiento de las personas que tengo cerca e intento darme cuenta de lo que construyen o destruyen ¿Me identifico con su estilo de vida, los valores que me transmiten, sus limitaciones, miedos y torpezas?

Intento dejar de etiquetarme o etiquetar a los demás como si esto fuera un medio de identificarse como ser humano. Etiquetar dificulta la transformación, ya que al hacerlo identificamos al ser humano con la forma exterior de realidades como profesión, edad, raza, sexo, nacionalidad, situación económica, logros etc. Cuando las formas pasan a un segundo plano en la vida, es posible la transformación. Al ser humano no se le puede dividir en compartimentos. Søren Kierkegaard dijo: «En el momento en que me colocan una etiquetan, me están anulando».

La transformación no se produce por casualidad. Se necesita una voluntad y unas herramientas. ¿Provoco la transformación? ¿Busco ayudas? La transformación es una decisión. Es arriesgarse, es contar con lo imprevi-

Todo proceso de transformación nos provoca temor porque representa una ruptura en la forma de pensar, un cambio de valores, criterios diferentes de acción, etc.

sible, es ir más allá de lo seguro. Es no saber lo que acontecerá. No puede haber transformación sin riesgos.

Para poder ir más lejos

1. *Se paciente*

Un joven se acerca a un célebre maestro de artes marciales y le pide ser su discípulo.

—Si trabajo con tesón, ¿cuánto tiempo tardaré en convertirme en maestro? —pregunta.

—Diez años —contesta el maestro

—Y si trabajo día y noche, ¿cuánto tiempo me llevará?

—Treinta años —responde el maestro.

—Pero yo estoy dispuesto a pasar por todo lo que sea con tal de dominar este arte en el periodo más corto posible.

—En ese caso, setenta años —responde el maestro.

2. *Reduce la velocidad*

El ritmo de la vida moderna puede agobiar al más fuerte. En la era del culto a la velocidad, reduce tú la velocidad. Deja de hacer mil cosas a la vez. Antes de empezar cualquier actividad, toma tiempo para pensar en lo que vas a hacer y proponte dejarte llevar por la inspiración divina. Algunos sabios empiezan a hablar de la sabiduría de la lentitud como medio de prevenir muchas enfermedades.

3. *Reflexiona*

Reflexiona sobre este pasaje de George Bernard Shaw: «Sin cambios el progreso de los pueblos y de los individuos es imposible y los que no pueden cambiar sus mentes, no pueden cambiar nada».

4. *La transformación requiere un cambio de paradigmas*

Un hombre está trabajando febrilmente cortando árboles en un bosque.

Un viajero que pasa por allí después de observarlo detenidamente durante un largo rato le pregunta:

—¿Que está haciendo?

—¿No lo ve? —responde sin levantar la cabeza. —Estoy cortando este árbol-.

—Se le ve exhausto —comenta el viajero. —¿Cuánto tiempo lleva cortando el árbol?

—Más de cinco horas, y estoy molido. Esto no es sencillo.

—¿Por qué no hace una pausa durante unos minutos y afila la sierra? Estoy seguro que cortaría mucho más rápido el árbol.

—No tengo tiempo para afilar la sierra —dice el hombre enfáticamente. —Estoy demasiado ocupado asestando el árbol.

5. *«El que pierde su vida la salvará» (Mt 8,35).*

La parábola del sembrador

por Dionisio Byler

Hace poco¹ leí un libro cuyo título, traducido al castellano, sería algo así como: *El poder destructor de la religión. La violencia en el judaísmo, el cristianismo y el Islam.*

Mi reacción es que en muchos particulares resulta irritante el ataque frontal que hacen los autores a la capacidad de estas tres religiones para derivar en un fundamentalismo violento, asesino y genocida. Uno quisiera objetar que la esencia por lo menos del *cristianismo*, que es lo que uno conoce, es promover luz, paz, reconciliación y armonía entre las personas. Pero el caso es que es difícil saber cómo argumentar esto a la luz de la evidencia histórica de estas religiones y la evidencia de las noticias de cada día.

El judaísmo, el cristianismo y el Islam son tres religiones —desde luego no las únicas— cuya capacidad para generar violencia en nuestra generación está sobradamente en evidencia. Luego también, estas tres religiones tienen un mismo punto de partida. Las tres son religiones monoteístas —es decir, sostienen que hay un único Dios, Creador del universo. Las tres sostienen que ese Dios escogió a Abraham para favorecer a su descendencia entre todas las razas de la humanidad, hasta culminar su revelación con los profetas. Para el judaísmo, el profeta esencial sería Moisés. El cristianismo acepta a Moisés pero entiende que la revelación de Dios culmina en Jesús. El Islam acepta a Moisés y también a Jesús, pero entiende que la revelación de Dios culmina en Mahoma.

Las tres religiones comparten, además nociones parecidas acerca de

la relación entre Dios y los hombres. Son nociones que nacieron en el Medio Oriente de la antigüedad en las cunas de la civilización occidental, en Egipto y la Mesopotamia. En las tres hay una batalla cósmica entre el Bien y el Mal. El ser humano es una especie de eslabón débil en la cadena del orden que ha querido Dios para su creación, puesto que el ser humano puede elegir libremente si ponerse de parte del Bien o de parte del Mal.



¹ Aquí figuran abreviados, los conceptos de una predicación dada en Burgos el 4 de abril, 2010.

Lo que me llama la atención es que Jesús no procede a descalificar y dar por digna de destruir aquella tierra donde la semilla no crece ni se multiplica. Al contrario, Jesús justifica y explica el que en determinados lugares la semilla no crezca ni se multiplique.



El sembrador, Jean-François Millet, 1850

Dios premia a cada persona según haya elegido el Bien o el Mal. Todos los que eligen el Bien y se ponen de parte de Dios, con mansa y humilde sumisión a su voluntad, serán recompensados con el premio de la vida eterna. Todos los que eligen el Mal y se ponen en contra de Dios por rebeldía, terquedad y soberbia personal, serán castigados por la ira de Dios, con muerte y destrucción.

En estas tres religiones, entonces, toda la vida se nos plantea en blanco y negro. La vida se constituye en una guerra sin tregua entre el Bien y el Mal, entre la sumisión y la desobediencia, entre la santidad y la impiedad... Y en última instancia, la historia de la humanidad viene en derivar en una guerra entre buenos y malos, entre santos y pecadores, entre nosotros —que naturalmente somos los que hemos recibido la sana doctrina— y ellos, los adeptos a otras formas de creencia y religión.

Los resultados saltan a la vista en la historia de los últimos siglos.

La parábola del sembrador

Como se juntó mucha gente y los de las poblaciones cercanas salían adonde estaba Jesús, él les contó un cuento:

—Salió un sembrador para sembrar su semilla. Y al ir sembrando, una parte cayó junto al camino y acabó pisoteada y comida por lo pájaros. Otra parte cayó sobre piedra, por lo cual aunque germinó, se marchitó porque le faltó humedad. Y otra parte

cayó en un cardizal y los cardos crecieron con ella y la acabaron ahogando. Y por último, hubo parte de la semilla que cayó en tierra propicia donde creció y dio fruto, multiplicándose por cien.

Cuando acabó de decir esto, exclamó:

—El que tiene oídos para oír, que oiga.

Pero sus discípulos le preguntaron qué era lo que había querido decir con el cuento. Entonces él respondió:

—Tenéis la suerte de que os explico los misterios del reinado de Dios, porque a los demás sólo les cuento estos cuentos, para que «aunque ven, no distingán y aunque oyen, no entiendan».

—Este es entonces el sentido del cuento: La semilla es la palabra de Dios. Y la tierra junto al camino son las personas que aunque la oyen, sin embargo viene el Acusador y se lleva de sus corazones la palabra. Y el pedregal son las personas que oyen la palabra y la reciben a la ligera de manera que no echa raíces. Crean durante cierto tiempo, pero en cuanto llegan los momentos difíciles se les olvida. Y en cuanto al cardizal, son las personas que ponen atención, pero luego llega la prosperidad y la buena vida que acaba ahogando sus buenas intenciones, y éstas se les quedan en nada. Pero la tierra propicia son

esas personas inteligentes y bien pensantes que escuchan la palabra de Dios y se mantienen en ella con paciencia, hasta que produce en ellos el resultado que se pretendía.

—Lucas 8,4-15²

La enseñanza de Jesús

Aquí tenemos la enseñanza de Jesús. Al margen de todo el daño que hemos hecho los cristianos en el mundo desde la relación de privilegio que pensábamos tener con Cristo, el caso es que Jesús mismo tuvo sus propias ideas que enseñó. Y sus ideas eran incómodas e inaceptables para la gente religiosa de su día, porque negaban esa división absoluta entre el Bien y el Mal, entre nosotros (los *buenos*) y ellos (los extranjeros, los paganos, los *malos*). Jesús no plantea la expansión de su verdad como una guerra justa donde será necesario derrotar y aniquilar a los que no aceptan esa verdad y no lo aceptan a él.

No, Jesús plantea la expansión de su verdad como el acto de fe de un sembrador de aquella época. En aquellos tiempos no se labraba la tierra en profundidad como se hace hoy. Por eso nos extraña leer que este sembrador esparce sus semillas donde serán pisoteadas por caminantes y comidas por aves del cielo, esparce se-

² Mi traducción.

millas sobre tierra poco profunda, donde las plantas que germinen se secarán en cuanto haya unos pocos días de sol, esparce semillas en medio de espinos que ahogarán las plantas cultivadas. Y también esparce sus semillas en tierra buena, donde medra y prospera y se multiplica enormemente. Da la impresión que el sembrador no sabe dónde prosperará y se multiplicará su semilla, por lo que no tiene más remedio que esparcirla por todas partes, con la esperanza de que sí habrá algunos lugares donde sí crecerá y se multiplicará.

Lo que me llama la atención es que Jesús no procede a descalificar y dar por digna de destruir aquella tierra donde la semilla no crece ni se multiplica. Al contrario, Jesús justifica y explica el que en determinados lugares la semilla no crezca ni se multiplique.

Desde luego en los caminos donde pisotea la gente, no habrá multiplicación. Este no es motivo para destruir y aniquilar los caminos, para castigarlos con el exterminio. No, bien es cierto que los caminos no dan lugar a la multiplicación del mensaje de la verdad, pero tienen derecho a existir.

Desde luego en la tierra poco profunda, incapaz de retener la humedad entre la siembra y la siega, tampoco habrá multiplicación. Este no es motivo para destruir y aniquilar las parcelas rocosas y suelos que no retienen la humedad, para castigarlos con exterminio. No, los suelos que no sirven para la producción de alimento humano siguen teniendo derecho a existir.

Desde luego en la tierra llena de espinos, poca oportunidad tendrá el trigo de medrar y hacerse fuerte y producir y multiplicarse. Las otras plantas lo ahogarán. Este no es motivo para destruir y aniquilar las parcelas con espinos, para castigarlas con exterminio. Esto es curioso, porque hubiéramos pensado que aquí sí Jesús justificaría, por fin, si no aniquilar esas tierras, por lo menos matar y destruir los espinos. Esta es probablemente la parte más curiosa y extraña de toda la parábola. Pero Jesús parece aceptar de buena gana la existencia — el derecho a existir — de esas otras plantas que resultan inútiles e inservi-

Todo esto es importante porque cuando Jesús explica su parábola, vemos que todas estas clases de tierra son personas.

bles para el consumo humano. Sospecho que Jesús sabía bastante de ecología y entendía que donde no come la gente, tal vez sí puedan comer las cabras, de cuya leche y quesos y carne al final también nos alimentaremos. De manera que no, ni siquiera los espinos merecen la destrucción, aniquilación y muerte eterna. Es verdad que allí la palabra de la verdad no prospera ni se multiplica, pero Jesús no expresa ninguna enemistad ni animadversión, sino que acepta sin rechistar que sigan ahí, estorbando la reproducción de la buena semilla.

Esto va de personas

Todo esto es importante porque cuando Jesús explica su parábola, vemos que todas estas clases de tierra son **personas**. Jesús estaba hablando de los seres humanos y cómo reciben —o no— el evangelio. Desde luego es desafortunado para los intereses de Cristo, el sembrador de las verdades de Dios, que haya tanta gente donde su evangelio no prosperará. Pero en ningún caso ve Jesús a toda esa gente como gente mala, gente que no merece vivir, gente a la que hay que castigar, eliminar, dar una buena lección, perseguir y matar hasta el exterminio total. No, aquí en las palabras de Jesús no hay nada de eso, sino una aceptación natural del derecho de esta gente a vivir como les parezca justo vivir, según las ideas y convicciones que tengan.

Si yo fuese judío, supongo que estaría hondamente convencido de que Moisés ofrece la única posibilidad de

vivir como agrada a Dios. Y si fuese musulmán, supongo que estaría hondamente convencido de que Mahoma ofrece la única posibilidad de vivir como agrada a Dios. Pero soy cristiano. Y naturalmente, estoy hondamente convencido de que es Cristo el que nos ofrece la única posibilidad de vivir como agrada a Dios.

Como cristiano que soy, entiendo que la verdad de Cristo ha de sembrarse y tiene que reproducirse por toda la tierra hasta llegar hasta todas las personas con la luz del evangelio. Ahora bien, si a la vez de ser cristiano pretendo aprender lo que Jesús enseñó, tengo que entender que —según esta parábola— al fin y al cabo va a ser que Dios respeta el derecho de existir de todos aquellos que rechazan a Cristo y no viven como Cristo manda.

La realidad es que no hay ningún cristiano que se atrevería a presentarse ante Dios si de verdad pensáramos que Dios nos va a castigar como nos lo tenemos merecidos. No hay cristiano que no se agarre a la gracia y el perdón de Dios como un clavo ardiendo. Lo que yo entiendo que enseña Jesús aquí, es que esa misma gracia de la que esperamos recibir nosotros, alcanza también a los que no opinan como nosotros ni comparten nuestra manera de entender la vida. Tal vez desearíamos que toda la gente fuera «tierra fértil» para el evangelio. Pero en esta parábola no veo que Jesús condene a nadie ni amenace con castigar a nadie. Lo que hay es un esfuerzo claro por esparcir la semilla, acompañado de un hondo y reverente respeto al derecho humano a decidir qué es lo que hará con esa semilla.

Si queremos que Jesús sea nuestro Salvador, haríamos bien en aceptarle también como nuestro Maestro y Guía.

El que tiene oídos para oír, que oiga.

Y el que no... pues que no oiga.

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

propiciatorio — Tapa o cubierta de oro que cubría el cajón o *arca* de la alianza entre Dios y su pueblo Israel; primero en la carpa ceremonial o *tabernáculo* en el desierto y a la postre, en el templo de Salomón en Jerusalén.

Tapar... pecados. En principio, el significado de este vocablo hebreo, *capóret*, no debería revestir particular interés. Deriva del verbo hebreo que significa «tapar» y en ese sentido, su traducción más natural sería «tapa», donde el *arca* era un cajón de madera forrado en oro, que tenía su correspondiente *tapa*, forrada también en oro.

Sin embargo el verbo hebreo «tapar» o «cubrir», es uno de los que se emplean en la Biblia para indicar el perdón divino. Cuando Dios tapa o cubre nuestras conductas rebeldes contra él o malintencionadas contra el prójimo, las hace invisibles. Se entiende que Dios elige no ver esas maldades nuestras así tapadas. Es entonces, una manera elocuente de dar a entender la gracia y el perdón inmerecido de Dios.

Esas conductas, esa maldad, no es que no existan: una vez cometidas, el tiempo corre siempre en una única dirección y jamás podremos volver atrás en el tiempo para deshacer o no hacer lo hecho. Pero para todos los efectos prácticos, lo que Dios no ve —lo que Dios elige no ver— es como si no existiese ni nunca haya existido.

Nosotros jamás podríamos encubrir o tapar nuestra maldad ni nuestras conductas equivocadas, de tal suerte que no las pudiera ver Dios. Nada podemos esconder nosotros de él. Pero si Dios mismo —por su amor y misericordia— elige esconderlas y no verlas, entonces hemos recuperado la libertad de presentarnos ante Dios con las manos limpias y el corazón puro.

No una tapa cualquiera. Este cajón y su tapa correspondiente, no era un cajón cualquiera. Era el símbolo de la alianza entre Dios y su pueblo, cuyo fin era recordar a Israel que Dios los había elegido para sí, los había li-

berado de la esclavitud en Egipto y en el desierto les había dado sus instrucciones. Ellos habían aceptado ser el pueblo elegido de Dios y comportarse como él mandaba. Habían sellado un pacto y este cajón, en cuyo interior había unas losas de piedra con los diez términos de este acuerdo, era la señal de esa elección divina y de esa aceptación por parte de Israel.

En el templo de Salomón, entonces, en la cámara interior donde normalmente uno esperaría hallar la estatua del dios a quien estaba dedicado el templo, lo que había era este Arca con su Tapa, sobre la cual posaban dos estatuas de seres alados, llamados *querubines*. Y todo este conjunto — Arca, Tapa y querubines tallados— se entendía ser el trono visible del Dios invisible. De ahí que la Tapa del Arca era, en realidad, la silla del trono donde estaba sentado en su templo el Señor Todopoderoso, el Dios de Israel.

No, no era una tapa cualquiera. Sobre ella se sentaba Dios y por tanto esa tapa venía a significar la mismísima presencia de Dios en el templo.

Símbolo del perdón divino. Pero en el templo, por virtud del ritual y los sacrificios que realizaban a diario los sacerdotes, se entendía que eran perdonados un día sí y otro también, los errores, la impureza y la maldad de Israel. Así Israel podía atreverse a seguir siendo el pueblo elegido de Dios, aunque sabiendo muy bien que jamás podían dar la talla de lo que él esperaba de ellos. Porque con el ritual templario, sus pecados eran *tapados* cada día por Dios, que elegía no verlos.

De ahí que cuando se realizó la primera traducción de la Biblia hebrea, un proyecto que empezó a mediados del siglo III antes de Cristo, se decidió indicar la tapa de este cajón, con el vocablo griego *ilastirion*, un término que no quiere decir para nada «tapa», sino «lugar u objeto relacionado con la propiciación». Así empieza una tradición de traducciones que desembocan en nuestro término *propiciatorio*.

¿Y qué viene a ser la propiciación? Es, en primera instancia, el acto litúrgico que hace que Dios nos sea propicio, que nos sea favorable, tenga a bien tener en consideración nuestros intereses. Pero más al fondo de la cuestión, la propiciación tiene que ser siempre un acto de Dios mismo, por su propia iniciativa, por el que decide no ver nuestra maldad.

En el Nuevo Testamento, en las cartas de Pablo a los Romanos y 1ª de Juan, pone que Cristo es nuestra propiciación. Los cristianos entendemos que es en la persona de Cristo que hallamos reconciliación con Dios, para que Dios siga sin querer ver nuestra maldad.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org